

ESTUDIOS DE PENSAMIENTO.

CARACTER DE LA FORMA.

Sres. Director y Redactores del *Círculo Científico y literario*.

Muy Sres. míos: Creo que pudiera convenir á la ciencia el que VV. se sirviesen emitir su opinion acerca del *Carácter de la forma*, realizando así la elevada y patriótica obligacion que VV. se han impuesto.

Es pàrticular aficionado de VV. su S. S. Q. B. S. M.

UN CATEDRÀTICO AMANTE DE LA DISCUSION.

Sr. Catedràtico.

Encargados de contestar á la notable carta de V. (y sírvase advertir que ha sido tan poco afortunado, que semejante empeño ha venido á caer sobre la inteligencia mas flaca) encargados de contestar, deciamos, creemos deber hacerlo del modo siguiente.

Procuraremos demostrar que *el hombre no conoce los hechos, sino en cuanto se le presentan bajo la manifestacion de formas*. Si esto se prueba, fácil tarea será el atribuir á la forma su carácter propio.

Para el entendimiento humano no existen otros hechos que los que vamos á notar:

- 1.º Materia.—*Orden físico*.
- 2.º Organismo.—*Orden sensible*.
- 3.º Idea.—*Orden intelectual*.
- 4.º Acto.—*Orden volitivo*.
- 5.º Estímulo de fuero interno.—*Orden moral*.
- 6.º Imágen.—*Orden fantástico*.
- 7.º Sentimiento.—*Orden afectivo*.
- 8.º Conciencia religiosa.—*Orden metafísico*.

Creemos que el hombre no conoce ninguna entidad que pueda ser objeto de sus facultades y que no pertenezca á uno de los órdenes anteriores. Mas allá de la esfera que hemos trazado no divisa el espíritu humano sino el vacío, sino la nada, es decir, dos misterios, porque misterios son para los hombres la nada y el vacío.

Recorramos ahora aquella esfera y procuremos analizar.

Primero. Orden físico.—El orbe existe; pero muchos objetos que no son orbe existen tambien, y era necesario referir los efectos á sus causas propias para que el universo no fuese un caos. El (16 Febrero 1854).

orbe, ó lo que es lo mismo, el conjunto de los elementos cuya accion impresiona nuestros sentidos corporales, se llamó *materia*. La palabra *materia* significa una division de la existencia universal: es un gran efecto referido á su causa próxima. Considerada aquella division como medio de distinguir, toma el nombre de *clasificacion*: considerada como medio de accion sucesiva, de desarrollo natural y constante, se llama *modificacion*: considerada la modificacion como medio, se denomina *modo*: tomado el modo como estado general, como espresion abstracta, se conoce bajo el nombre de *forma*.

Un ejemplo dará quizás á esta teoría la claridad que en sí no tiene.

Un hecho existe: he aquí la *sustancia*.

Pero este hecho no es igual á otro de distinta naturaleza: hé aquí la *clasificacion*.

Pero el mismo hecho no solo existe sino que obra, puesto que las cosas existen para obrar: obrando sufre una continua descomposicion; adquiere diversas espresiones, fisonomías diferentes, si así puede decirse: es un algo que se reproduce en sus varias maneras de ser, como el hombre que no hiciera otra cosa que mudar de vestidos: hé aquí las *modificaciones*.

Pero estas modificaciones se han de realizar de alguna manera: cada espresion, cada hecho sucesivo, cada nueva fisonomía debe tener un nombre: hé aquí los *modos*.

Pero estos modos deben permanecer en cierta actitud: deben tener una espresion habitual, genérica: hé aquí la *forma*.

La *sustancia* se refiere al sér.

Las *clasificaciones*, *modificaciones* y *modos*, á la accion. La *forma*, al estado.

La materia, pues, no es otra cosa que la espresion indefinida de todos los modos de obrar que nos presenta el orbe; es decir, su *forma*.

Particularicemos.

Cuando referimos la materia á una espresion determinada, toma el nombre de *cuerpo*. Esto quiere decir que la palabra cuerpo es el signo de una forma pàrticular. El cuerpo denominado *sol* representa la forma pàrticular del astro del día.

En el órden físico no hallamos mas que formas: la forma abstracta, ó *materia*, y la forma concreta, ó *cuerpo*.

Segundo—Orden sensible.—El órden sensible está representado en la facultad que tienen los hombres de impresionarse, supuesta la accion de los objetos materiales sobre sus órganos. En este órden hallamos tres hechos: *sustancia*, *modos de obrar*, *estado*.

La *sustancia* se llama en este caso *sensibilidad*

exterior: los modos de obrar se llaman *impresiones*: estas impresiones sucesivas tienen un estado, espresion acabada y única: hé aquí la *forma*. Las sensaciones son la forma del orden sensible, su fisonomía natural, su manera habitual de existir.

También en este orden hallamos *forma*.

Tercero.—*Orden intelectual*.—Si el pensamiento humano no hubiera menester medios de manifestacion, si pudiera espresarse en su simultaneidad primera, en su concierto intimo, el hombre seria inmenso como Dios, porque inmenso ha de ser quien se encuentre dotado de una conciencia universal. Por esto acontece que cuando el hombre quiere hacer sensible á los demas lo que él ve en su alma, empieza desarrollando por escalas el pensamiento, se descompone, se *modifica* intelectualmente. Estas modificaciones constantes, estos trabajos relativos son las *ideas*: estas ideas constituyen un todo que es su espresion cabal: esta espresion se llama *juicio*. Hé aquí la *forma*. El juicio representa la forma única del sér conocedor que vive dentro de nosotros.

Nos valdremos de una metáfora.

Nuestro pensamiento es un cuadro. Cada figura tiene su color propio. Cada color es una manera de lenguaje. Hé aquí *los modos de accion*. Pero cada figura encuentra luego en el conjunto una existencia general: esta existencia general es el cuadro. Hé aquí la *forma*.

También hallamos forma en el orden mental.

Cuarto.—*Orden volitivo ó actos de la voluntad*.—La voluntad humana es el principio en que reside la fuerza motriz, ó sea la facultad de mover el cuerpo. Supongamos ahora que la sed nos aguija, y que vemos un vaso de agua sobre una mesa próxima. Si nuestra voluntad no consistiera mas que en la impresion interna del deseo, en el sentimiento de querer beber agua, sino tuviera de su parte el resorte de accion, dejaria de ser voluntad porque dejaria de ser fuerza motriz. La voluntad, pues, no solo comunica la impresion del deseo, sino que es el resorte de la ejecucion, del acto mismo. Cuando andamos porque queremos, no son nuestros órganos, es nuestra voluntad la que anda. Para satisfacer la sed que nos molesta es indispensable que demos un paso y otro paso hasta llegar al vaso de agua. Estos pasos son los *modos de accion*: pero estos modos particulares tienen una actitud universal, un modo de sér único puesto que los comprende todos: esta actitud universal se llama *movimiento*. Hé aquí la *forma*. El movimiento no es otra cosa que la forma de la fuerza motriz.

También hallamos forma en este orden.

Quinto.—*Fuero interno*.—Entiéndese por fuero

interno esa série de actos que dicen relacion á nuestro sentimiento casi instintivo del bien y del mal. Este sentimiento tiene, así como todo lo que existe, sus maneras propias de accion: estas maneras se llaman *estímulos*: estos estímulos, considerados como medios de clasificacion, se denominan *virtud ó vicio*: considerados como estado de nuestra conciencia, toman los nombres de *satisfaccion ó remordimiento*. Los estímulos podrán ser varios: el estado será constantemente una entidad moral que ora se denomina placer, ora dolor. Esta satisfaccion y este remordimiento son la espresion total de los modos de obrar: la *forma*.

Sesto.—*Orden fabuloso*.—Llámase *orden fabuloso* al conjunto de las creaciones imaginativas y fantásticas. Esta facultad de crear seres fabulosos tiene una parte filosófica, otra poética. La parte filosófica se denomina *imaginacion*: la parte poética, *fantasia*. La imaginacion combina las ideas, une los recuerdos, dá vida á las cosas de una manera que no tiene realidad absoluta. La fantasía obra representándose los hechos con pasion.

Nos valdremos de ejemplos.

Supongamos que un hombre ha discernido las ideas de vapor marítimo y de pez, y que luego combina sus ideas del modo siguiente: el tubo por donde el vapor arroja el humo, es la nariz por donde un mónstruo de la mar arroja el aliento: el rumor que el buque produce al caer contra el oleaje, es el mugido de aquel mónstruo: la espuma que lleva el vapor en la proa es la baba que el bruto vomita. Despues el hombre dice: un vapor es un *mónstruo marino*. Hé aquí la *fuerza imaginativa*. La imaginacion obra confundiendo las sensaciones: estas sensaciones son sus modos de obrar: estos modos parciales hallan su significacion completa en las sensaciones que la imaginacion ha confundido y que toman el nombre de *imagen*. Hé aquí la *forma*. La imagen es la forma particular de esa fuerza que hace de un vapor un mónstruo marino. También aquí encontramos formas.

Vamos á la parte poética. ¿Nos ofrece el horror una sombra? ¿Ven los ojos del crimen un espectro? ¿Cruza el miedo delante de nosotros como una palabra arrancada á un difunto? Pues todas esas representaciones son formas de nuestra fantasía. También aquí encontramos formas.

Sétimo.—*Orden afectivo*.—Se entiende por orden afectivo la espresion genérica de los actos del sentimiento, ó sea sensibilidad interior. Esta sensibilidad se descompone, se *modifica*, se reproduce indefinidamente por medio de *afectos*. Hé aquí otros tantos *modos de obrar*. Pero estos modos (y volvemos á girar siempre en un mismo

círculo), forman un algo que les es común, un algo que constantemente se llama *amor ú odio*. Hé aquí la *forma*. El odio y el amor son una forma indivisible del sentimiento: los afectos, generalmente hablando, serán respecto de esa forma lo que las varias tintas de una sola figura comparadas á la totalidad armoniosa del cuadro.

También hay formas en este orden.

Octavo.—*Orden metafísico*.—Orden metafísico es esa serie de hechos espirituales, enlazados inmediatamente á la idea originaria de esencia. Dios es su primera verdad. Pero si el hombre comprendiera toda esa verdad en la plenitud de su ser, se convertiría en el espacio inmutable y eterno que llamamos inmensidad: fuera una inmensidad mayor, del mismo modo que el firmamento es mayor que todas las estrellas, puesto que las contiene. El hombre no conoce de la causa esencial mas que el signo *ser*: este ser es la *forma* sensible, la expresión racional de los atributos infinitos: la palabra *esencia* es otra forma de ese mismo ser: la palabra *sustancia* es otra forma de esa misma esencia: la palabra *fuerza* es otra forma de esa misma sustancia, y así en las gradaciones sucesivas.

También en este orden hay formas para nuestra razón, formas metafísicas; formas que son abstracciones completas, pero formas.

Si se nos permitiera entrar en la enunciación de términos universales, ¿qué hallaríamos en el tiempo sino la forma de la existencia? ¿Y qué es la existencia sino la forma de la creación? ¿Y qué es la creación sino otra forma del poder que creó, sino el rostro movable de un pensamiento que no se mueve?

La forma es la lengua, si así puede decirse, con que á nuestros entendimientos habla el principio oculto: ese prodigio que respira con el aliento de todos los hombres, que piensa con la mente de todos los hombres, que siente con el corazón de todos los hombres: esa esencia sutil que germina por todas partes, y levanta los brazos y cubre con ellos la cabeza del mundo: esa alma grande, esa sombra inmensa que semejante á Dios, rueda día y noche por los espacios asentada sobre la atmósfera de los siglos.

Pero este artículo cobra demasiadas proporciones.

c. Resumen. Todas las cosas, todas sin excepción ninguna, luego que son traídas al dominio de nuestra inteligencia, reconocen tres leyes necesarias: *son, obran y están*: tienen *sustancia, acción y estado*. La sustancia constituye el principio ó la facultad: la acción, los modos: el estado, la *forma*.

La materia determina el orden físico.

El organismo, el orden sensible.

La idea, el orden intelectual.

Los actos de la voluntad, el orden volitivo.

Los estímulos de fuera interno, el orden moral.

Las creaciones imaginativas y fantásticas, el orden fabuloso.

Los afectos, el orden de la sensibilidad.

La idea esencial, el orden metafísico.

La forma entra en todos. Creemos, pues, que el carácter mas propio de la forma es la *universalidad en todos los órdenes en que domina nuestro discurso*.

Esta es nuestra opinión, señor catedrático. No nos atrevemos á dar á usted gracias por su amor á la discusión razonada, esa discusión que pudiera crear un día de porvenir para la escuela, para el decoro de la escuela: esa razón controvertida que pudiera alzarnos en la conciencia de los demás pueblos, no nos atrevemos á darle gracias, porque los españoles somos ó no somos españoles, y el profesorado lleva ó no lleva sobre su corazón el elevado sacerdocio de la enseñanza.

Tengo la honra de firmarme su mas atento

S. S. Q. B. S. M.

AUTOR DE LOS VIAGES.

BUENAS LETRAS.

ESTUDIOS SOCIALES.

El mando y la obediencia son la armonía de la sociedad.

Se ha dicho:

Los nombres *Orden, Mandato*, convienen en que son signos de autoridad: difieren en que la autoridad que espresan es de diversa índole. *Orden*, supone autoridad pública, solemne. *Mandato*, supone autoridad privada, condicional. El jefe ordena á sus inferiores. El amo manda á sus criados.

Vamos ahora á tratar las anteriores palabras considerando como resortes morales y políticos.

El principio de autoridad es la base de la sociedad humana.

Este principio es inherente á su modo de ser en el orden moral, y se convierte en un vínculo recíproco y absoluto en el orden material.

Todos los hombres mandan y obedecen simultáneamente dentro de este círculo en que su destino los ha colocado.

Pero el hombre sometido á esta ley suprema, lucha con ella pretendiendo tener mas parte de la que le corresponde individualmente en el ejercicio de la autoridad.

Esta lucha cuya causa es la ambicion, hija del exceso del amor propio, lo pone frecuentemente en contradiccion consigo mismo, y lo induce á romper el vinculo que lo liga con el principio de autoridad.

Manda, confundiendo el precepto con la ambicion. Obedece, oponiendo la resistencia del amor propio.

De aquí su tendencia á infringir las leyes, su ansia de dominar y de oprimir.

El mundo y la obediencia son el orden, el orden es la armonía de la sociedad.

Porque es la base del pacto formado por el hombre al someterse á la vida política.

Porque es el resultado de la razon fundada en la conveniencia mútua y en el bienestar general.

La accion que producen las relaciones sociales en la vida pública, es efecto del orden que nace de estos principios: de aquí la subordinacion.

Cuando la accion es ejecutiva dentro de la esfera del orden, la subordinacion se convierte en obediencia, y es el complemento de la accion.

Cuando la accion se desvia de esta regla cesa el orden y sobreviene la perturbacion.

Hay un principio que mantiene el equilibrio entre la accion ejecutiva y la obediencia su complemento, el respeto, que es el resultado de una absoluta conviccion moral que infunde el deseo de conservar las ventajas recíprocas, sin lo cual no hay orden estable.

Sin el respeto mútuo, la sociedad no puede subsistir.

Porque cuando se altera este equilibrio empieza la arbitrariedad.

La razon de la arbitrariedad es la fuerza material.

La fuerza material altera los principios del respeto humano.

El orden como accion preventiva, como emanacion de autoridad pública, solemne, se trasmite sin interrupcion por toda la cadena de la escala gerárquica social.

La obediencia es el complemento de la accion transmitida por el orden.

Esta accion se fortifica en razon de su marcha progresiva.

Cuando termina esta accion sin experimentar ninguna resistencia, el orden es absoluto.

Así el *mando* (orden) y la *obediencia* (ejecucion), es el resultado del respeto mútuo, fundado en los principios de justicia que la Providencia grabó en el corazon humano.

Yo mando es un error. Yo obedezco es una verdad.

Porque todos obedecen al *Orden*, ley suprema, por cuya conservacion se sacrifica todo, y á ello contribuye en justas proporciones el interes individual.

El mando (Orden) representa la autoridad, su resultado, la obediencia.

El magistrado, el jefe, el superior ordena al subordinado, este obedece ejecutando la orden, la accion queda terminada, la cosa pública servida; el jefe y el subordinado han satisfecho un deber reciproco, social.

La autoridad pública es invariable.

El mando privado es transitorio.

He aquí la armonía, que los Pitagóricos llamaron *concordia de cosas desemejantes*.

Entre el mando y la obediencia está el resorte de los respetos humanos.

Los hombres deben empezar por aquí la ciencia de vivir en sociedad.

Porque la sociedad sin armonía es presa de la perturbacion.

MANUEL DEL BUSTO.

ESTUDIOS HISTORICOS.

Guanahani. — 1492.

El dedo de Dios ha escrito sobre el zafir de los mares la historia de la humanidad. ¡Dichoso el que sabe leer los misteriosos trazos de la mano divina!

El día 12 de octubre de 1492, alumbró el sol con extraordinario alborozo el territorio salvaje de las islas Lucayas, ó de Bahamá, que se estienden al S.—O. y N.—O. desde la costa de la *Florida*, á la costa de la *Española*, cubriendo el N. de la costa de *Cuba*. No parecia sino que Febo adivinaba tal vez que la isla de *Guanahani*, una de las Lucayas, iba á ser puerta en aquel mundo para los estandartes de la Europa y la religion de la Cruz.

El mar, ese mónstruo que lame dormido nuestras cunas y nuestros sepulcros, ese mónstruo que no vé, que no anda, que no vive, pero que amaga en silencio y espanta si habla, esa inmovible inmensidad que no tiene una cruz, una huella, ni una historia, acababa de revelar al génio de la Europa los secretos de su dominio.

Un hombre, activo como el pensamiento, inspirado como la poesia, valiente como el deber, sá-

bio como el infortunio, emprendedor como el génio y desgraciado como hombre, llegó un día al mar á preguntarle su historia, y el mar mugió y calló, admirado de que un hombre se atreviese á su inmensidad.

El hombre se retiró, llamó á la ciencia, perdió muchos años, y volvió otro día á hacer su pregunta al Océano.

El mar volvió á mugir y guardó su historia.

El hombre se retiró, trabajó mucho, sufrió mas, trascurrieron años enteros, y se acercó por vez tercera al mónstruo.

El mar mugió como antes, porque el mar muje siempre; pero encubrió muy mal el secreto que guardaba, porque el hombre de génio hubo de adivinar en aquella queja la inquietud del avaro que no cree bastante seguro su tesoro. El mar no vendió sus secretos: los perdió y nuestro sábio dió con la via oculta.

El hombre encanecido en el estudio, el hombre ilustrado en la desgracia, el hombre enriquecido en la virtud que iba á preguntar á las ondas su presentida historia y su porvenir, era COLON.

El génio es un punto de luz que anda, crece, se estiende, se aumenta y llega á llenar el mundo; ó como dice el autor del GENIO DEL CRISTIANISMO, un Cristo, desconocido, perseguido, azotado, coronado de espinas, puesto en cruz por los hombres, que muere dejándoles la luz y resucita adorado. Colon, alumbrado de esa luz, á través de la bruma de los mares, veía claramente el sol abrasador de América y una masa compacta de verdor, impenetrable á sus rayos; anchas hojas, como parasoles, entrelazadas á hojas pequeñas, recortadas y de infinidad de colores; troncos nudosos disputando el espacio á otros troncos lisos; ramas delgadas y espinosas; árboles gigantescos; aves relucientes y parleras; ondas encrespadas; cetáceos hambrientos; abismos profundos y montañas ricas. Colon veía la aurora de un mundo nuevo, de un país sin leyes, de una naturaleza virgen, y le enviaba su saludo con sus miradas, mientras se preparaba á llevarle sus glorias, su religion..... su esclavitud tambien.

El génio que ardía en la cabeza del aventurero genovés, fió en el tiempo, se desarrolló con la desgracia, no cupo en la tierra de sus abuelos y se lanzó á los mares, llevando consigo una palabra de Isabel I.

Colon leía los trazos escritos por Dios en el zafir del mar.

Entre tanto, los habitantes salvajes de América descansaban felices y ricos en su miseria: felices, con sus dioses; ricos, con las cenizas de sus padres. La ciencia no les habia dado leyes; pero tam-

poco habia forjado cadenas la tiranía. Su corazón idiota se embriagaba de deleite en el dilatado y dulce ambiente de su libertad.

Hijos del bosque, de las montañas, de los lagos y de la ribera, sus manos eran torpes, porque eran incultas; pero su corazón era bueno, porque era virgen.

Nada sabian de Europa: Europa labraba sus cadenas y se repartía sus tesoros antes de conquistar sus tierras á nombre de las leyes y la civilización.

GUANAHANI, la primera realidad de Colon, de aquel viajero perdido, que llevaba en su seno la civilización y la esclavitud, se despertó asustada con el sol del día 12 de octubre de 1492. La isla, desnuda de montañas, pero vestida de árboles, tenia muchas corrientes de agua cristalina y dulce, y en el centro un estenso lago, que los naturales surcaban con canoas labradas toscamente de los árboles derribados por el tiempo ó por las tempestades. Con todo, aquel día, tenían algo de siniestro la luz, los bosques, el mar, las aves, los manantiales, el lago y hasta los mismos indigenas. ¡Ay! Era la libertad que espiraba y gemía muriendo. Era que los dioses Penates de aquel país salvaje se estremecían al ruido imperceptible de una aguja imantada y una cruz que venían á derrocar su dominio. Era que la inteligencia humana acababa de descubrir un país cuyos secretos habia guardado tanto tiempo el Océano.

A las dos de la mañana del citado día, un estampido extraño, un ruido intenso y prolongado como el trueno, despertó los ecos dormidos de la isla y el terror de los salvajes guarecidos en los bosques, que corrieron á la playa, admirados de que el mar hubiese perdido su quietud de siempre.

¡Pobres libres! ¡Ignoraban que aquel ruido era el adios de Europa que iba por su oro, por su sangro y por su libertad!

Sin embargo, así era en efecto.

Colon, el noble y valiente marino, el Hércules moderno que con sus brazos de coloso se habia empeñado en derribar y habia derribado las soberbias columnas que detenían los mares, borrando de paso el *non plus ultra*, que era el grande axioma del mundo, Colon el loco, Colon el mendigo, Colon el profeta, en una palabra, despues de setenta y un días de navegación por mares desconocidos, fiado á un frágil leño, á una aguja imantada y á un rayo de luz que ardía en su cabeza, entonaba con bocas de bronce el himno de fraternidad y de alegría. Al fin habia cumplido su obra á través de tan costosas dificultades y honrosos peligros. El gran misterio del Océano estaba ya revelado como dice Wasington Yrbing. Las puertas

del Nuevo Mundo estaban abiertas. Las columnas de Hércules habian rodado á pedazos bajo su planta de gigante. El *non plus ultra* de los antiguos era una mentira. «Su teoría, añade el escritor citado, quedaba triunfantemente establecida, y habia coronado su frente tal gloria que no tendria mas fin que el fin del mundo.»

Es verdad. Pero el arrojo de Colon acababa de herir de muerte la natural independencia de un pueblo.

Es verdad. Pero el entusiasmo del descubrimiento acababa de dar á los europeos el insensato orgullo de la conquista.

Es verdad. Pero las gracias de la virgen acababan de despertar el deseo.

La ambicion y el orgullo no son seguramente las mejores armas para conquistar á los hombres. La Europa es ambiciosa y avara.

¡Pobres esclavos! La libertad solo puede existir en un mundo virgen, y el vuestro acaba de perder su virginidad y su inocencia.

¿Creiais que os pertenecian las aguas de vuestras fuentes, los frutos de vuestros bosques, los donativos de vuestras tierras?

No. La Europa, que nada habia sabido de vosotros hasta ahora, viene á hacerse señora de esos donativos, de esos frutos, de esas aguas.

¿Creiais vivir y morir tranquilos en vuestro suelo sin tiranos, dejando vuestras cenizas al lado de las cenizas de vuestros padres, seguras unas y otras de profanacion?

No. La planta de los extranjeros que huella vuestra soledad, perseguirá vuestras vidas y, cuando murais, dispersará las cenizas para encontrar el oro que vosotros habeis despreciado sin haber aprendido á despreciar.

Trascurrieron algunas horas de la mayor inquietud para los *guanahanos*, de sorpresa y admiracion para los descubridores.

¿Y Colon? ¿Qué hacia, qué pensaba Colon? «Cuántos y cuán diversos serian los pensamientos que en aquel momento cruzaron por su mente! esclama *W. Irving*. ¿Qué maravillosa multitud de conjeturas debió llenar su ánimo, prosigue, respecto á los países que delante de él estaban cubiertos de tinieblas!» ¿Qué dicha y satisfaccion lassuyas despues de tantos afanes malogrados y tantos trabajos perdidos! ¿Pero no habia prometido en vano! ¿La ciencia no era una mentira! ¿Sus esperanzas no eran sueños! Se hallaba delante del mundo que habia ofrecido á Isabel, y no tenia mas que dar un paso para tocar aquella tierra bendita, revelada por el génio. El triunfo habia sido cabal.

Cristóbal Colon, dice Chateaubriand, vé en medio de una tripulacion amotinada y pronta ya á re-

gresar á Europa sin haber conseguido el objeto de su viaje, una lucecilla sobre la playa que las tinieblas le ocultan. El vuelo de las aves le habia guiado hácia América: el fuego de un hogar salvaje le reveló un nuevo universo. Debió Colon sentir en aquel momento la especie de satisfaccion que la Escritura atribuye al Creador, cuando al sacar el mundo de la nada, vió que su obra era buena. *Colon* creaba otro mundo.»

«Al rayar la aurora, refiere el autor de los *VIAJES DE CRISTOBAL COLON*, empezó á aparecersele una bella y llana isla de algunas leguas de circuito muy verde, muy lozana, cubierta de árboles, cual si fuese dilatada floresta. Aunque todos los objetos parecian existir todavia en la lujosa libertad de la inculta naturaleza, estaba la isla poblada y se veian salir los habitantes de los bosques y correr hácia la orilla, á donde se paraban absortos, contemplando los bajeles. Todos estaban desnudos, y sus actitudes y gestos indicaban la mas profunda maravilla.»

Dada la órden de echar ancla y armar los botes, el valiente genovés, ricamente vestido de escarlata, saltó en el suyo con el estandarte real en la mano. Siguiéronle inmediatamente en otros botes Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez Pinzon, su hermano, izando *banderas de la empresa* con una cruz verde por blason y las iniciales de Fernando é Isabel, reyes católicos de España. La belleza de la isla, que se presentaba á los ojos de nuestros viajeros llena de seducciones con sus ricas playas, sus inmensas florestas, sus árboles peregrinos cargados de frutas desconocidas, la pureza de su suave atmósfera, la calma del lago, y sobre todo, el pacífico aspecto de sus habitantes, picaron su valor para llegar antes á la orilla de que tan breve trecho los separaba.

Llegó Colon primero, y apenas hubo desembarcado, se arrodilló, besó la tierra y dió gracias á Dios con lágrimas de júbilo. La tripulacion le imitó, y un voto de gracias general subió á los cielos con el húmedo aliento de la brisa del mar, detenida en los árboles para presenciar una escena de religion y de dominio. Era la primera vez que habia agitado los lienzos de una bandera, y la primera tambien que el sol alumbraba la cruz de Jesucristo. Aquellas lágrimas fueron el bautismo de la isla de *GUANAHANI*. La religion tendió sus alas y se apoderó del Nuevo Mundo.

Incorpórese el marino, y todos se incorporaron. Desnuló en seguida su espada, llamó cerca de sí á los hermanos Pinzon, al buen escribano Rodrigo de Escovedo, Rodrigo Sanchez y demás expedicionarios, y tremolando en los aires el estandarte real, en nombre de los reyes de Castilla, Isabel I y

Fernando V, tomó posesion de la isla de GUANAHANI, cuyo nombre trocó por el que hoy tiene: SAN SALVADOR. Llenó un *viva* los aires, y los ecos balbucientes aprendieron voces que no habian escuchado jamás.

Los guanahanos, mientras, atentos á las ceremonias oficiales de *Colon*, se mantenian á alguna distancia, admirando con timidez y asombro el color, las barbas, las armas brillantes y las ricas y vistosas ropas de los españoles, que tomaron por gé-nios brotados de los mares ó caídos del sol. Desvanecido poco á poco su temor, se acercaron á ellos para tocar sus barbas, examinar sus trages y admirar su blancura, deponiendo por curiosidad é inocencia su vida salvaje y su nativa libertad.

Llorad, tribus esclavas, vuestra libertad.... pero no lloreis. Al lado de las armas de la tiranía resplandece la cruz del Salvador. Ciertó que os han venido de la Europa muchas desgracias, que habeis perdido vuestra independendencia, que se derramará vuestra sangre, que se enflaquecerá vuestro vigor, que se esplotarán vuestros tesoros, que venderán vuestros hijos y el huracan de la revolucion surcará tambien las cenizas de vuestros padres; pero en cambio, la religion os bañará eternamente con su luz. La religion, es la esperanza del hombre, y ella os anuncia un bien con su acento de oráculo.

Madrid 6 de febrero de 1854.

BIENVENIDO V. CANO

AMENA LITERATURA.

UNA CITA EN PALERMO.

Canto, españoles, la aventura estraña
De un español como los hubo un dia:
Hombre de dura faz y tierna entraña
Unico en apostura y gallardía:
Hombre como hombres mil que hubo en España
Cuando españoles en España habia:
Sabe el cielo, lector, que hay quien ignora
Si hijos son dellos los que son ahora.

Juntaba el español belleza rara
Y atrevido mirar y pecho inhiesto:
Hombre que al hombre con desden mirara
Y á moro ni cristiano dejó el puesto:
Hombre que á una pregunta vuelve cara
Y con voz dura dice y duro gesto:
«¡Varon naciera en suelo castellano
Y quien mas saber busque es un villano!»

Si á la doncella ve por quien suspira
Deja que el pecho en su mirar se cebe,
Y no sabe si gime ó si respira
E ignora si hace claro ó truena, ó llueve:
Pasó un hora quizás, y atento mira:
Otra pasa tal vez, y no se mueve:
Y cuando al fin su estrella se la roba
Murmura el triste enamorada trova.

Del mundo quiere hollar flores y abrojos
Porque no cabe en la natal esfera,
Y surca el alto mar viendo unos ojos
En el rostro gentil de una hechicera,
Y corriendo en mitad de sus antojos
A Palerino llegó como quien era.
La mano lleva al cinto y luego esclama:
«Mi puñal y mi ley, Dios y mi dama.»

Una niña vió allí como una rosa
Que un año hace cabal cumplió los trece:
El ve que ella le mira cuidadosa
Y mas el ansia de su pecho acrece:
Alza los ojos á la niña hermosa
La cual no los bajó segun parece:
¿Qué hace una niña ante un galan rendido
Y qué hace un hombre de muger nacido?

Despues, sin saber como, ambos se vieron,
Luego, sin saber cómo, se encontraron,
Y mil y mil ternezas se dijeron
Y dulcísimas cuitas se contaron;
Mas hubo de partir: se despidieron
Y ambas cabezas al pesar doblaron.
El la dió un corazon que el amor hiere
Y el dar un corazon..... puntos requiere.

«No te olvides por Dios, doncella mia,
De un infelice que en tus ojos mora:
Nunca olvides, llorando la decia,
Este querer que tu piedad implora:
No te olvides, por Dios, la repelia
Sin ocultar las lágrimas que llora:
No te olvides, por Dios, del extranjero,
O si me has de olvidar morirme quiero.

Partióse luego el sin ventura amante
Mientras ella quedó con ansia estraña:
El buen hispano caminó anhelante
Y en volver piensa sin llegar á España.
Nadie supo despues del caminante
Que ingrato mar le sepultó en su entraña.
Hombre y muger desventurados fueron
Porque aunque bien se amaron no se vieron.

AUTOR DE LOS VIAJES.

Diciembre.—1853.

HISTORIA DE DOS CORAZONES.

¡Hecho extraño! El remordimiento
cuya idea se pierde en el abismo de
la culpa, arroja al hombre en los
brazos de Dios!

(El *hombre-fenómeno*: artículo
inédito del Autor de los viajes).

I.

El cementerio.

¡Bienaventurados los que duermen en el seno de la eternidad! ¡Bienaventurados los que ya no son, porque han salido de este mundo de dolor y de lágrimas! ¡Desdichados de nosotros que todavía vivimos, que todavía padecemos! Cementerios, mansion del silencio y del olvido, ¿por qué inspirais tristeza al mundo? ¿Por qué huyen los hombres de vosotros? ¡Ah! porque vosotros sois la verdad y los hombres no quieren escuchar la verdad. Por eso os hermosean y os adornan con flores y con árboles trasformándose en un vistoso jardín, pero ¡insensatos! todo es inútil y teneis que ver la verdad; la verdad que aparece tambien por entre las ramas de los rosales! La hermosa niña que anda con cuidado para evitar el roce del vestido, está pisando tal vez el polvo de su padre; el banquero que acaba de bajar de la dorada carroza, huella en este momento el cráneo de uno de sus antepasados! ¿Para qué queréis, hombres, las flores y los árboles, si teneis la verdad bajo vuestras plantas? ¿Por qué huir de los cementerios si vosotros no sois mas que unos cadáveres que andais? ¿Por qué teneis miedo á los muertos, si los muertos son mas dichosos que vosotros? ¡Bienaventurados los que duermen en el seno de la eternidad!

Existe en Madrid un cementerio formado por dos ó tres patios en cuyas paredes están colocadas simétricamente las lápidas que indican los nichos; en medio de los patios crecen algunas plantas raquíticas, como si rehusasen vivir en el imperio de la muerte. Solitario siempre, solamente se nota en él bullicio y algazara el día que los vivos señalan para recordar á los difuntos, entonces la gente se atropella por entrar, y luego que lo ha conseguido se entretiene en leer los epitafios delante de los que arden inmensos cirios de cera amarilla; estos son los epitafios de los ricos, porque hasta en el cementerio quieren los ricos ostentar lo que ellos creen valer; empero nadie se para á leer un sencillo rótulo que con letras doradas se encuentra grabado sobre una piedra negra, por-

que este letrero no *está alumbrado* mas que por la luz del sol; las palabras que contiene son estas:

ADELA:

MURIÓ A LA EDAD DE 23 AÑOS.

¡Qué historia tan triste encierra este epitafio!

II.

Verdad y mentira.

Habia en Madrid por el año 1850 un jóven estudiante de leyes llamado Luis. Huérfano de padre desde su mas tierna edad, vivia en compañía de su anciana madre que le amaba como á las niñas de sus ojos; la pobre mujer no queria mas que lo que queria Luis, no sabia sino lo que Luis le decia; si él estaba alegre ella lo estaba tambien, si entristecía ella entristecía, si Luis hubiera sido capaz de odiar, su madre hubiera odiado sin duda ninguna.

Luis amaba tambien á su madre, pero en su corazon se albergaba otro amor, amor hácia una mujer jóven y bella como las houries del paraíso; su madre conocia este amor y le aprobaba porque su madre, como hemos dicho, no queria mas que lo que queria Luis; Luis idolatraba á Adela y la cariñosa madre idolatraba tambien á la que habia de ser esposa de su hijo. Pero Adela no era digna del amor de Luis; Adela bajo un rostro bello y seductor ocultaba un corazon egoista y duro; un corazon que no habia amado nunca y que era incapaz de amar, ni á Luis, ni á nadie. Pero Adela mentia amor al jóven estudiante porque era pobre, porque su padre, viejo ya, amenazaba morir de un momento á otro, y ella veía en Luis su hombre que, al ofrecerle su mano, le proporcionaba una posicion acomodada. Luis no sabia nada de esto, porque ella habia tenido muy buen cuidado de ocultárselo, y el infeliz la creía tan amante y tan sensible como él; y cada día que pasaba la encontraba mas hermosa y la amaba mas y mas, lo cual quiere decir que la pérfida Adela engañaba mas y mas al enamorado estudiante.

Asi se pasaron dos años; Luis habia concluido su carrera, iba á tomar el título de abogado y despues debia efectuarse el casamiento: Adela estaba alegre; ¡habia por fin conseguido lo que deseaba!

III.

Desesperacion.

Luis era ya abogado; corrió á anunciar á su madre tan fausta noticia, y despues se encaminó á la casa de su amada; el camino le parecia muy

largo, hubiera deseado tener alas para llegar en un instante y esclamar: *Adela, ¡ya puede efectuarse nuestro casamiento!*

Por último llegó á la casa jadeando, subió la escalera precipitadamente, entró en la habitación y le digeron que Adela no estaba; iba á correr en su busca cuando sintió sobre su hombro el peso de una mano y una voz que le decia: «tenemos que hablar:» volvióse presuroso y se encontró frente á frente con el padre de Adela.

—Escuche V. un momento; le dijo el viejo, tengo que contarle muchas novedades, que tal vez le desagraden; pero cómo ha de ser!—Escucho, dijo rápidamente el joven.

—Mi hija no se casa con V.

—Que no se casa con migo...!

—Justamente.

—Pero, caballero...

—Es cosa cierta, tan cierta como que muy pronto contraerá matrimonio con don Toribio Dorado.

—Con don Toribio; con ese viejo banquero?

—Con el mismo.

El estudiante le miró con estupor: luego lleno de rabia y de desesperacion se marchó de la casa, teniendo, sin embargo, esperanzas de que fuesen inexactas las noticias del viejo. Es imposible, decia, es imposible que se case, que me olvide, y por quién? por un viejo... por un viejo rico... ella me ama; despreciará las riquezas de don Toribio, su padre me ha engañado!...

¡Pobre Luis! no conoce el corazon de Adela! Adela se casa con un viejo, porque ese viejo es rico y ella quiere ser rica, ¿qué le importa lo demás?

Por último el joven logró ver á Adela; le habló de su amor, de su enlace, y Adela permaneció impasible; le contó la entrevista con su padre, las palabras que le habia dicho, y entonces la hermosa le contestó serena; «mi padre ha dicho la verdad, mañana me caso con don Toribio, hará V. el favor de devolverme las cartas en que le he dicho que le amaba.»

El joven se quedó inmóvil como si hubiese visto un espectro; las ideas se agolparon á su imaginacion en confuso tropel, se llevó las manos á la frente como si hubiese querido cogerlas; despues apareció sereno, su serenidad era la serenidad indefinible del hombre que no espera, una sonrisa terrible, como la sonrisa de los condenados, vagó por sus labios y exclamó con convulsa voz: «mañana traeré las cartas!»

IV.

Las cartas.

Todo era júbilo en casa de Adela; su casa-

miento con don Toribio iba á verificarse; los convidados á presenciar la augusta ceremonia iban y venian por todas partes mostrando en sus rostros el regocijo que les animaba. Adela estaba deslumbradora, vestida con suma elegancia era el encanto de la fiesta, la satisfaccion se pintaba en su semblante; y no era de extrañar, iba á ser rica! Los convidados al verla tan alegre decian entre sí ¿amará al viejo? ¡Ah! si ellos hubiesen penetrado lo que pasaba en la cabeza infernal de aquella muger; si hubieran podido ver su corazon *tan joven y tan viejo*, hubieran huido de ella temiendo que les envenenara su aliento, como se huye de una vívora que nos amenaza con su picadura. Pero el corazon de la muger es un misterio que solo es dado penetrar al que posee ciertas palabras mágicas, y hay misterios cuyas palabras no se han descubierto todavia.

La hora señalada para efectuar el enlace iba á llegar; solo faltaban algunos minutos cuando un hombre llamó á la puerta de la habitación, apareció un criado y el hombre le dijo á través de la rejilla; «dile á la señorita Adela que aquí está una persona que le trae unas cartas importantes.»

Desapareció el criado y al poco tiempo volvió acompañado de Adela; al estar cerca de la puerta se oyó una detonacion; Adela se estremeció, un frio glacial corrió por sus venas, pero siguió andando; levantó el picaporte y la puerta cedió como si la empujara una fuerza sobrehumana, en el mismo momento un hombre con el cráneo destrozado por el plomo de una pistola, cayó sobre Adela manchando de sangre todavia caliente sus ricos vestidos de boda; ella pálida, pero sin exhalar un grito abrió los brazos y el cadáver cayó en el suelo dejando escapar al mismo tiempo de sus crispadas manos un puñado de cartas: aquel cadáver era el cadáver de Luis que venia á cumplir su promesa. Adela se detuvo un momento, despues pasó por encima del cuerpo inanimado del que habia sido su amante y se arrojó sobre las cartas: ¿Quería ocultar á su futuro esposo tan terrible lance!

Pero era tarde; todos los que se encontraban en la casa habian acudido á la puerta al escuchar el tiro, y cuando Adela se levantó llevando las cartas en la mano, un circulo de gente la rodeaba, todos los ojos se fijaban en ella; Adela miró á todos lados y creyó que aquellos ojos le decian *tú le has asesinado*, creyó que los labios de los circunstantes se movian para pronunciar palabras de maldicion; creyó que las manos de todos se estendian hácia ella como pidiendo venganza; un vértigo terrible se apoderó de su cabeza, miró á su alrededor con ojos espantados y cayó desmayada.

Poco tiempo despues salia don Toribio de la casa murmurando:

—Diablo; no me caso con una muger que tiene amantes tan desesperados!

V.

Arrepentimiento.

En el mismo dia Adela se marchó á un convento; le era imposible vivir en medio de una sociedad que habia contemplado toda su crueldad y su sangre fria, de una sociedad que la rechazaba de su seno.

Pero existia otra muger para quien habia sido aun mas fatal la muerte de Luis; esta muger era su madre; su madre que no tenia otro hijo, que le amaba con ese amor que santifica el nombre de madre, porque no tiene semejante en el mundo. La pobre anciana cuando supo tan triste noticia calló; ni una lágrima surcó sus mejillas, ni un suspiro exalaron sus lábios, porque el dolor mas agudo, ese dolor que nace de lo profundo del corazon no puede espresarse, ni con llanto, ni con sollozos, es un dolor mudo, porque viene de la muerte y la muerte es el silencio. Supo despues que Adela se habia retirado á un convento y calló tambien; pero en sus ojos brilló una luz fugitiva y una inspiracion divina se señaló en su frente.

Al otro dia al acercarse la hora en que su hijo se habia dado muerte, una muger con paso firme se dirigió al convento, preguntó por Adela y contestaron que estaba enferma; tanto insintió, sin embargo, que consiguió que le dijeran que una muger preguntaba por ella, entonces la enferma se levantó como obedeciendo á un impulso supremo y se presentó ante la muger desconocida; esta levantando el velo de su mantilla exclamó:

—Me conoces? vengo á pedirte mi hijo, mi hijo que se marchó ayer á tu casa y que no ha vuelto á ver á su madre! Mi hijo...! tú me lo has robado...! ¿Dónde está mi hijo?

Adela dió un grito, estendió las manos como pidiendo perdon, quiso cojer los vestidos de la madre; pero una reja se alzaba entre ellas y lo impedía: ¡Además de la reja habia tambien un charco de sangre!

Desde entonces todos los dias se repetia la misma escena: todos los dias acudia la madre de Luis al convento; todos comparecia Adela ante ella; la madre pedia á su hijo y Adela demandaba perdon con palabras de arrepentimiento.

Por último llegó un dia en que Adela no compareció; la jóven de corazon duro y egoista habia muerto la noche antes despues de una larga agonía; sus últimos momentos fueron tranquilos, porque

un ministro del Señor la habia perdonado en nombre del que es todo misericordia; despues su alma ya purificada por el arrepentimiento voló, para no separarse jamás de la de Luis, á la mansion de los justos.

Al otro dia un nuevo epitafio se habia colocado en un cementerio; delante de él una muger esclamaba;

—Por última vez; devuélveme mi hijo...! ayer se fué á tu casa, todavia no ha vuelto ¿dónde está mi hijo?

En el epitafio se leía;

ADELA:

MURIÓ A LA EDAD DE 23 AÑOS.

La muger era la madre de Luis.

VI.

Conclusion.

La misma anciana que iba todos los dias al convento con el objeto de pedir su hijo á una muger, iba despues á una sepultura para demandárselo á un cadáver; aquella anciana era la sombra del remordimiento que acompaña al hombre hasta la misma tumba.

¡Hecho extraño! El remordimiento, cuya idea se pierde en el abismo de la culpa, arroja al hombre en los brazos de Dios!

Madrid 28 de enero de 1854.

G. RAFAEL BLASCO.

EL BADILLO DE LOS ENAMORADOS.

(TRADICION FANTÁSTICA).

I.

La voz de las nieblas.

En el litoral de la nobilísima Asturias, dos leguas al Oeste de Llanes, estiéndose el valle de San Jorge. Este valle no es otra cosa que una lengua de tierra que se dilata en una estension de algo mas de una milla de latitud y seis de longitud próximamente. Limitada al Norte el mar Cantábrico, y al Sud una cadena de montañas poco elevadas, por cuya falda caen cuatro corrientes que cruzan el valle en varias direcciones y corren luego á desaguar en la vecina costa.

El valle de San Jorge parece dormir recostado sobre largas praderas, en medio de corpulentos

maizales, de ricos manzanos, de naranjos verdes y olorosos limoneros. Está circuido de peñascos muy blancos como pequeñas sábanas de nieve, mientras que la playa y los campos van á confundirse en una pulgada de margen comun. El mar lame las flores y muge un día y otro día, como si quisiese pedir á los collados sus coronas de yerba. Las flores se pierden en la orilla, como si el campo sumergiera su frente entre las olas, para que el mar asiente sobre ella sus guirnaldas de espuma.

Por otra parte, las negras ruinas de antiguos castillos prestan al valle cierto aspecto de vejez y de veneracion. Y esta veneracion se vuelve un espíritu que toma asiento en el alma del hombre, cuando al descender las primeras sombras se descubre á lo lejos la enlutada figura de los campanarios rematando en cruz: aquella cruz que parece agitarse entre las brumas, como si fuera el águila del tiempo que camina hácia el porvenir con la creencia de los hombres.

El valle de San Jorge tiene la mezcla de vejez y de juventud: la belleza alegre y salvaje de la Suiza y la melancolía religiosa de las montañas de Neuembourg.

El olvido del mundo tiene allí un pedazo de tierra donde nosotros viviríamos bien: un pedazo de tierra feudal sembrada de espíritu cristiano.

En el valle de San Jorge vivía un muchacho llamado Nicanor. Sus padres eran ricos; pero él amaba con ardor la belleza: queremos decir la poesía. Allí vivía, allí respiraba; pero esto no era bastante. El arco iris no aparece ciñendo las nubes, sino después de la borrasca. Contemplaba el océano desde la arena y su pie se quemaba en aquella arena. En una palabra, quería correr sobre la espalda de aquel océano: quería llegar al arco iris revolviéndose al lado de la tempestad.

Nicanor había encerrado su vida en un presentimiento; la devoraba en él y estaba siempre triste. Muchas veces alargaba sus ojos por el espacio, cual si buscara la fantasía de aquel amor que había concebido, luego preguntaba á las nieblas si más allá de aquellos montes había gente, y las nieblas le decían que sí. Entonces amaba, amaba su afa; amaba aquel agüero del porvenir y estaba alegre, pero su cabeza se volvía y se encontraba en medio del valle de San Jorge.

Nicanor no vivía y los hombres nacen para vivir. Puso á recaudo, por buen ó mal arte, el poco dinero que á sus manos llegara, amanece la aurora del plazo y huye de sus padres y de la tierra donde había nacido.

¿Adónde iba? Iba corriendo tras la voz de las nieblas: iba sobre la espalda del océano: se re-

volvía al lado de la tempestad que debía poner sobre su frente los colores del arco iris.

—Amaré, decía él, amaré!!

Nosotros repetimos lo que él decía:—Amará!

II.

La paloma aparecida.

El muchacho del valle tenía un tío en una ciudad notable de Castilla, é hizo camino hácia aquel punto. Viajó á pie durante diez días y tres noches; pero la fantasía de su amor le llamaba sin cesar con los ojos. Aquella fantasía era el corazón que le llevaba. Dónde iba aquel hombre? Donde va el hombre siempre: iba poniendo el pie sobre las huellas de su corazón.—Llega, por último, á la ciudad de promision cuando era ya entrada la noche, y al asentar su planta sobre aquellas piedras, el hijo del valle alza el rostro á la luna (porque Dios ha querido que la luna alumbre sin tener en cuenta las fantasías del mundo) y esclama arrebatado de gozo: *estos son mis padres! este es mi verdadero valle de San Jorge!*

Su tío le recibió con extrañeza; pero al cabo le recibió. En aquella casa vivía á la sazón una mujer muy bella: tan bella como altiva: tan poseionada de sí propia como desposeída de los demás; pero lo diremos con menos palabras. En aquella casa vivía una mujer hermana. El pobre muchacho de San Jorge ignoraba que una mujer hermosa es una tiranía que se mira al espejo, una tiranía con vanidad; pero avanzaba entre los silbidos de la tormenta, y esto era lo que él había soñado.

Nicanor vió aquella mujer y sentía una emoción que debía ser vergüenza. La veía luego, y volvía á sentir otra emoción; pero esta segunda emoción tenía quizá otro nombre. La miró otra vez, se vió cerca de ella, y volvió á sentir y se asombró de la distancia que los desunía, como el pajarillo que asoma la cabeza, ve la rama vecina, quiere volar y no sabe si habrá fuerza en sus alas para sostenerse en el espacio que los separa. El alma del muchacho de San Jorge era un ave que no había volado todavía de amor en amor. Ahora está asombrado de sí; pero ama. El pajarillo tiene miedo, pero vuela. Mira otra vez á la mujer que estaba en casa de su tío y creyó ver que el océano le mostraba su espalda, creyó percibir la voz de las nieblas y así era en efecto. El arco iris vendrá después: ahora llama á su puerta la tempestad; pero esto era lo que él había soñado.

—Mi inquietud me grita día y noche, esclamaba, y es necesario atravesar esos golfos de mi fantasía.

Para distraerse de estas incomprensibles imaginaciones solia coger un libro; pero á medida que fijaba sus ojos, las letras parecian agrandarse y moverse, y á través de aquellas líneas oscilantes pasaba la figura de una muger que él habia visto. Era la figura de Germana, porque Germana tenia por nombre la muger que vivia en casa de su tio. Nuestro mancebo abandonaba el libro mágico y murmuraba con asombro:

—Este libro está lleno de apariciones.

No, pobre hidalgo, no! Lo que tú miras no es una aparicion de tu libro, sino una aparicion de tu alma. Tiende los ojos por el campo y verás la figura dibujada en las yerbas: álzalos á las nubes y las nubes te la escribirán. Esas letras que ves en tu libro son el ave del mundo que ahora agita sus alas en tu corazon. Pero no querias el océano? Ahí le tienes. No soñabas en la borrasca? Ahí la tienes tambien. Pero dónde está el arco Iris? El arco Iris viene mas tarde, cuando viene. Ama tu figura, muchacho de San gerge, pero ¡ay de tu sayo si hicieres una diosa de una muger!

Una noche dormia: repentinamente comenzó á dar gritos llamando á Germana. Germana acude, él abre los ojos, y al mirar delante de sí la figura del libro creyó que su adorada fantasía estaba á su lado vestida de belleza y quedó aturdido: murmuró luego algunas palabras incoherentes y Germana, es decir, la fantasía desapareció.

Nicanor deja un lecho que aborrecia, abre una ventana, estiende su afliccion por un firmamento tachonado de estrellas, oprime sus sienes con la convulsion del delirio, y esclama luego como quien pretende desasirse de una cadena á que está amarrado: esas estrellas son antorchas de Dios: hablen las nieblas ó no hablen, se perderá mi alma cuando se apaguen las antorchas del cielo.

El lecho le recibe despues, el muchacho del valle cierra los ojos y durmió. Si alguno le hubiera preguntado: qué es la gloria? Evidentemente hubiera respondido:

Germana.

Qué es el infierno?—Tambien responderia:

Germana.

Qué eres tú? Qué es el mundo? Qué es todo?

Sus labios volverian á decir:

Germana.

Pero Germana no le queria. Aquella muger le desdeñaba con enojo, con ironía, con befa quizá. El desdeñ es una gota de amargura que cae en el corazon desdeñado. ¡Una gota que nunca acaba de caer! El corazon del hijo del valle era un cáliz lleno de aquel licor que mata, y dijo á la muger que moriría de pena sino se apiadaba de su locura. La

muger hermosa se sonrió de un modo que equivalia á estas palabras.

Eres feo.

Hubo una noche de mucha nieve. La luna reflejaba su luz sobre los campos emblanquecidos, como queriendo reanimar á una naturaleza que dormia bajo el enorme manto de su vejez. Aquellos copos que cubrian la tierra eran las canas de sus infinitos inviernos.

Un grupo salia de la ciudad. Aquel grupo, negro al principio, se movia como debe moverse una penitencia, como se moveria un silicio si tuviera pies, como anduviera un muerto, si pudiera andar; pero no solo andaba. Luego se detuvo y se oyó una voz funeral que decia: qué harán mis padres? Cómo estarán mis limoneros del valle de San Jorge? Luego miró á la luna y otra voz humana resonó en el espacio: «qué apacible caías sobre el mar cuando yo te miraba desde la sombra de mis limoneros! Quién pudiera recoger sus pensamientos en el valle, como el pájaro plega sus alas en el nido!»

Aquel grupo calla y vuelve á moverse. A poca distancia de la ciudad habia un arroyo llamado á la sazón el *arroyo de Domingo el Negro*. En sus orillas se levantaba entonces y se levanta hoy una piedra moruna, á que refiere la tradicion multitud de prodigios desde la mas remota antigüedad. El grupo negro pisa la orilla del arroyo, toma asiento en la piedra moruna y un instante despues se percibe un rumor semejante á un quegido.

El alma de aquel hombre se suelta de su cuerpo, surca los aires como una paloma aparecida, llega á la ciudad, cruza las paredes de cierta casa y como un filtro mágico atraviesa el oido de una muger que soñaba placeres en su lecho. Aquella muger despierta azorada, ve una paloma blanca como un cisne, ve la fantasía de que ella estaba enamorada tambien, en que ella tambien habia soñado y se abalanza con los brazos abiertos; pero la paloma gimio. La muger corre ansiosa tras su fantasía; pero un arrullo semejante á un gemido se percibió á lo lejos y fué á perderse en el espacio, como el espíritu de una pena, soplo del hombre, corre y va á confundirse en la cavidad de la atmósfera, soplo de Dios.

¡Pobre Germana! Ella no sabia que hay una esfera donde el alma de un hombre no puede perderse! Ella no sabia que existen unas manos donde se balancea el compás que mide sus instantes.

Al dia siguiente se encontró un cadáver en el arroyo de *Domingo el Negro*. Era el cuerpo sin vida de Nicanor.

¡Pobre muchacho de San Jorge! Quiso que luciera el arco Iris, y el arco Iris lució. Pero el cielo ha

querido que un alma no se pierda, y su alma no se perderá.

La cruel Germana puso en olvido aquel infortunio y se juntó á un hombre. Sin embargo, cuéntase que mas de una vez percibió en sueños el arrullo de la paloma aparecida, y á decir lo cierto nadie ha podido averiguar qué fue de ella. Pero donde quiera que esté, el compás de Dios medirá sus pisadas. Si vive, medirá la estension de su vida. Si no vive, medirá el vacío de su muerte. Como quiera que sea, á sus pies irá muy sujeto un compás.

III.

El lirio azul.

Han trascurrido algunos años. A poco trecho de la ciudad donde moraba el tío de Nicanor hay un punto llamado el *Arrecife*, poblado de huertas frondosas y amenísimos bosques. En una de sus huertas vivía un matrimonio feliz, muy feliz, porque el cielo le había dado una hija. Esta hija llevaba por nombre Dorotea.

Si alguno preguntara á sus padres: qué idea teneis del cielo? Ambos responderian sin vacilar:

La que tenemos de Teodora.

¿Qué sois vosotros, qué es vuestra huerta: mas que vuestra huerta, qué es vuestra esperanza?— Ambos contestarian tambien:

TEODORA.

Era Teodora una muchacha de diez y siete años, dulce, afable, inocente, pero bella y apasionada: es decir, bella, porque no hay belleza sin pasión ni pasión sin genio.—Aquella niña no había salido jamás de la huerta sino para oír misa en una aldea próxima. Empero, sin saber por qué, cultivaba con harto afán unos hermosos lirios azules que tenía en su pintoresco jardín. Casi siempre se levantaba al amanecer para regarlos, y mas de una vez sucedió que al sentir su aroma, muchas lágrimas, como trémulas gotas de rocío, corrían á lo largo de sus mejillas. ¿Por qué lloraba?

—Estos lirios, exclamaba sollozando la niña, embalsaman el aire con su aroma: ¿por qué mi corazón no es un lirio que exhala perfumes tambien?

Luego escuchaba murmurar la fuente del bosque, y exclamaba de nuevo:

—Esa fuente murmura el amor de las flores: ¿por qué mi corazón no es una fuente que murmurara amores tambien?

Para poner un freno á estas demasiadas imaginaciones solía coger un libro, el único libro que en la huerta había. Un día leyó: cuando Dios andaba por el mundo hubo de advertir que por las hojas de cierto lirio iban rodando gruesas gotas

de néctar, adivinó que el hermoso lirio lloraba, y quiso convertirlo en corazón. Desde entonces hay en la tierra unos lirios llamados corazones, cuyas lágrimas son gotas de néctar y cuyo néctar es amor.»

La muchacha permaneció aturdida; luego quiso proseguir la lectura; pero las letras de aquel libro hechicero se agrandaban estrordinariamente, se movían despues, y entre sus líneas vacilantes pasaron unos ojos que la miraban sin cesar.

La niña murmuraba dejando el libro: bien me dice mi madre que en esta casa hay magos.

No, pobre Teodora, no! Los ojos que ves en el libro no son el hechizo de tu libro, sino el hechizo de tu deseo: es la fuente del campo que canta amores en tu fantasía: es el lirio de Dios que exhala perfumes en tu jardín.

La niña de la huerta preguntaba en otras ocasiones á las brisas, si mas allá de aquellos bosques había mundo, y las brisas la decían que sí.

¿Cómo ama el hombre? se preguntaba con susto quizá. Esto pudo no haber pasado adelante; pero para algo tiene Dios en sus manos un compás.—Había en aquellas cercanías un hidalgo, cuyo gallardo continente tenía en alarma á todas las hembras de aquel alrededor. El apuesto y valiente mancebo pasó mas de una vez por la huerta de Teodora con el fin de cazar en el bosque vecino; la niña le mira y cree escuchar la voz de las brisas que le decían que sí. ¿No había preguntado mil veces por el mundo? Pues allí le tenía. No anhelaba que su corazón se convirtiera en una fuente que cantase amores? pues allí tenía los amores y la fuente. ¡Muger dichosa! El cielo venía á colocar cerca de ella cuanto había soñado.

Cierto día aconteció que el mancebo de las cercanías iba cazando por el bosque próximo. Divisó dos tórtolas en la rama de un pino, se aproxima con arte, asesta luego el arma, oye un disparo y una de las tórtolas vino revoloteando hasta el suelo. Una muger dió un grito. Era Teodora que con los ojos le acompañaba desde una ventana del caserío rústico. Aureliano (que tal era el nombre del mancebo), cogió su presa y no volvió á parecer por el bosque.

La tórtola viuda volaba al día siguiente sobre el tejado de la casa de Teodora, y fue á posarse luego sobre una rama del limonero mas cercano. El animal llamaba á su amigo del bosque: la niña suspiraba como la tórtola, porque quizá su corazón era otra tórtola que llamaba tambien. Vino el día siguiente y el mismo pájaro volvió á posarse sobre la rama del limonero. La tórtola llamaba y se moría de pena: la muchacha gemía y se moría de pena tambien.

Teodora amaba como saben amar diez y siete años vividos para la juventud, para la ignorancia: diez y siete años ébrios de aroma.

Si alguno preguntara á la hija del bosque: ¿quiénes son tus padres? la niña respondería con pasión:

AURELIANO.

¿Qué es tu jardín y qué es tu fuente, y qué son tus hermosos lirios azules?

AURELIANO.

Pero Aureliano no la quería. El ingrato manco la desdénaba de una manera que equivalía á decir:

Eres fea.

La pobre muchacha sintió su pecho envenenado.

Llega el invierno y con él una de esas noches en que la tierra se cubre de nieve, y en que la luna vaga por los campos como por un inmenso lago de cristal.

Una figura blanca sale de la quinta. Las auras duermen, los pájaros callan: solo la figura se mueve como un celaje muy pequeño que corre besando la tierra. Adónde va? Nadie lo sabe. A donde van las visiones de un sueño. Pisa la orilla donde se levanta una piedra moruna, como un portento de la noche, toma asiento sobre aquel mármol, deja caer la frente sobre el pecho y suspira. En el acto el corazón de la figura blanca, bajo la aparición de aquella tórtola que murió en el bosque, vuela por el espacio, surca unas paredes y atraviesa el oído de una mujer que dormía en su leche. Aquella mujer se despierta convulsa, aprieta ambas manos contra su pecho con la fuerza sobrenatural del delirio, y sigue el vuelo de aquel corazón convertido en pájaro. La tórtola recoge sus alas cerca de la piedra fatal, corona con sus plumas la cabeza de la figura blanca y se evapora fantásticamente en un relámpago. La mujer que corría vió en aquel instante de luz unos ojos muy pálidos que fueron á clavarse en los suyos, conoció aquellos ojos y cayó de rodillas cerca de la piedra de los prodigios.

Aquella mujer era Germana. El compás de Dios la había medido, y condenó su crueldad en la cabeza de su hija.

Teodora era hija de Germana.

Aureliano había vengado á Nicanor.

Alumbra la aurora siguiente y la pobre tórtola viuda apareció muerta al pie del limonero, los lirios azules del jardín se secaron, y una mujer lloraba sobre el cadáver de su hija en el arroyo de *Domingo el negro*.

Cerca de la piedra moruna brota desde entonces todos los años un lirio azul: en aquel lirio re-

trata su fulgor perenne una estrella. Esto quiere decir que en el mundo se pierde un tesoro, se pierde la ambición y la mentira y la crueldad; pero en el horóscopo de la vida está escrito que no se haya de perder un dolor.

El dolor brota allí bajo la figura de un lirio azul.

Pero no es esto solo. Nadie ha pasado de ser viejo: Germana fue vieja y murió. Y diz que al espirar cayó de su boca un quejido que remedaba tristemente el arrullo de la *Paloma aparecida*.

Aquel gemido era el alma de Nicanor.

Conclusion.

La conciencia del pueblo da siempre palabras á los sucesos que se abren lugar en su memoria. Nosotros visitamos en el año 45 la ciudad de Castilla donde tales desgracias pasaron, y cuando el amigo que nos acompañaba llegó á cierto lugar, se detuvo, nos miró un instante con expresión solemne y nos dijo despues: «este arroyo en cuyas márgenes nos encontramos, se llamó hasta principios del siglo XVIII el arroyo de *Domingo el negro*. Desde aquella época ha perdido su nombre originario, merced á una aventura célebre.»

Cerca de nosotros se alzaba una piedra moruna, negra como los fantasmas del miedo.

Ve usted ese arroyo? Preguntó nuestro amigo. Pues la tradición cree que no se secará. Según los ancianos, esas aguas son la corriente interminable de dos espíritus.

Inútil parece decir que el arroyo de *Domingo el negro* era el *vadillo de los enamorados*.

AUTOR DE LOS VIAJES.

LAS PIRAMIDES.

A MI AMIGO EL DISTINGUIDO LITERATO EL AUTOR DE LOS VIAJES.

Y vuelve, ho sol, tus rayos de consuno.
A través de ese piélago vacío;
Inspirado de Dios eterno y uno.
Mas que tú vale el pensamiento mío.
(Autor de los Viajes.—Poesía á Italia).

Prodigio de los tiempos que pasaron;
Cifras confusas de ignorada historia,
Los días que murieron ¿no os dejaron
De sus hechos siquiera una memoria?

—Cual cruzan en un sueño los vestiglos
Que un instante quizá te estremecieron;
Vimos rodar un siglo y otros siglos,
Y en el abismo del ayer se hundieron.

Ruin enano con osada planta
Escalas llevar quiere al firmamento:
Este es el hombre que al rumor se espanta
De hoja liviana que acaricia el viento:

Mírale aun; con giro vacilante
Avanza y retrocede en su camino;
Sí le preguntas te dirá arrogante:
«Cruzando voy las sendas del destino.»

Y qué ¿qué es el destino? Es un arcano,
Quizá un emblema que aprendió en su infancia,
Emblema que inventara el pobre humano
Para escusar su mísera ignorancia.

No es la suerte ¡infeliz! quien te aprisiona;
Eres tú, hombre, tú quien se estravía:
Tu pecho que imposibles ambiciona
Y no hay para imposibles una vía.

En busca de una sombra engañadora
Caminas años cien con paso incierto;
Mas ruge el huracan y en una hora
Barre tu huella que guardó el desierto.

El hombre nace, y al nacer perece,
Fúlgida exhalacion que apenas brilla;
Es la espuma del mar que desaparece
Apenas toca la arenosa orilla.

Y esa fuerza que todo lo destruye,
Que lo aniquila todo con su aliento;
Sin dañarnos nos toca; y huye, y huye
Con mas celeridad que el raudo viento.

—Ora alzais vuestras frentes arrogantes;
Pirámides, qué sois? Del hombre hechura:
Tambien el tiempo muerde á los gigantes,
Tambien cava la edad su sepultura.

Un día habreis de ser polvo liviano,
Y morirá tambien vuestra memoria;
Mas para siempre el nombre del humano
Está escrito en el libro de la historia.

P. I. MIQUEL.

TRES CUENTOS EN UNO.

(TRADICION POPULAR.)

No ha muchos años que en cierto pueblo de Castilla la Vieja, cuyo nombre nada importa, se reunian en las primeras horas de la noche, y en casa de un labrador afable, generoso y bien acomodado, algunos amigos todos de suyo dados al buen humor, y sobre todo al buen vino. Pero como quiera que esto último no te importa, lector, ni un cornado, quiero contarte sencillamente lo que oyeron, ó mas bien, lo que oímos de boca del *tío Manuel*, hombre de los de pelo en pecho aunque de honradas intenciones.

Era el caso, que no sabiendo ya de qué hablar, ardía la lumbre y mas aun las lenguas por dar un chasco á la monotonía de las tristes veladas del

invierno; mas cata, lector, que cuando todos nos mirábamos con cierto aire indeciso, el *tío Manuel*, despues de atizar la lumbre, soberbia ya de suyo, y despues de encender un cigarro, doble operacion en la que empleó un valiente cuarto de hora, comenzó con voz pausada y reposado continente, comenzó, digo, á decir, punto mas, punto menos, las palabras que vas á escuchar.

Vivian en *Las Navas* tan amigablemente como pueden vivir un gato y un perro cuando se preparan á dar un asalto á una sartén bien rellena, un cojo, un ciego y un jorobado. Era el cojo el hombre mas astuto de cuantos han comido garbanzos, pero juro á Dios que ni una legion de viejas beatas se las apostaba á zalamero y á embaucador de tontos; el ciego, primo hermano de aquel en cuanto á lo truan, poseia un tacto y un oído tales, que podia escuchar el ruido de la carcoma ó el paso de una hormiga; y por último, el jorobado, mas feo que un demonio con sotana, se conceptuaba muy á propósito para dar un chasco á la mas pícara de las suegras; y con esto pueden ustedes figurarse lo que el tal jorobado seria.

En vano la justicia les andaba á los alcances; nunca alma viviente los vió salir de casa ajena, cuando era muy cierto que la *tal trinidad* tenia sobrada afición á los bienes del próximo, aunque en su honor sea dicho, que á la lijereza de uñas igualaba la de los pies y la de los ojos, que en tales casos no es de las menos importantes. Unos, y eran los mas, juraban por las cinco llagas que eran brujos, y huían de ellos como el diablo de la cruz; otros, en poco número, solian decir, aunque no en la plaza, que la envidia de los del pueblo era lo que les daba la apariéncia de criminales; nadie acertaba con su modo de vivir, y en verdad que vivian mejor que un patriarca, ó que aquel Bartolo que nunca movió pié ni levantó mano mas que para encaminar su voluntad á la plaza de su gusto y de su capricho.

En estas y otras cosas, que para nada vienen á cuento, llegó la época del cobro de las contribuciones. A 13,000 rs. subian las de las Navas; mas como esta cantidad no cabe en la palma de la mano, resolvieron los del ayuntamiento que uno de los regidores la llevase en un macho á la capital inmediata, la cual, si bien recuerdo, está una jornada, y no de las mas cortas. Los tres guardiños no se durmieron; diéronse maña para saber el día en que aquello debia acontecer, y despues de hablar gran espacio sobre lo mas acertado para que el dinero, que ya veian en su magín sobre el macho, pasase á lo profundo de sus bolsillos, tomaron una noche el camino que á la ciudad conducia, apostándose, al cabo de una legua, en

una espesura inmediata. El amanecer seria cuando el regidor, dando un abrazo á su buena mujer, montó en su cabalgadura; encomendóse al santo de su devocion, y despues de saludar cual acostumbraba á un su amigo, arrendatario de la taberna, cojió el camino mas satisfecho que un canónigo, sin llevar dentro de sí el menor asomo de recelo ó de inquietud.

Pero como dice el adagio, el *hombre propone y Dios dispone*. Han de saber ustedes, que el tal regidor iba pensando en el palmito de cierta vecina, hija única y muy dada á las conversaciones de los hombres, aunque, como aquel, estuviese unido con el nudo del matrimonio; marchaba dejándose llevar de sus pensamientos y de su macho, cuando al cruzar junto al matorral donde los tres amigos habian pasado la noche, oye una esplosion capaz de meter miedo á los infiernos mismos, ve que su pobre animal pierde el tino, se vuelve, se confunde, grita y gesticula, y sin ser fuerza á contenerse, cae á dos varas de su macho, que yaciendo en el suelo herido de un balazo, se agitaba con los últimos esfuerzos que para incorporarse hacia. Sin saber que obrar ó que no obrar, quiere levantarse; mas oye otro tiro, y entonces sin encomendarse á Dios ni al diablo, olvidando los 13,000 rs., el macho y la vecina, tomó el camino con tal paso que no lo alcanzara un lebre.

Muy lejos estaba ya del malhadado matorral, cuando salieron de él con gran contento y risa el cojo, el ciego y el bueno del jorobado. Vieron el macho muerto, miraron con infame alegría las alforjas donde el regidor acomodara el importe de las contribuciones, lo volvieron á mirar, lo miraron otra vez, y luego, observándose entre sí como hicieran tres gallos ingleses, permanecieron inmóviles en el sitio.—El cojo, sin calcular la distancia, guiado solo por el deseo de burlar á sus cofrades, dió un salto tan descomunal y descompuerto, que cayendo sobre el macho dió en la de este con su cabeza, quedando del golpe privado del movimiento.—Pero el ciego oyó el ruido, conoció la causa, y dando al traste con su ordinaria prudencia, saltó en tal sentido, que fue á caer sobre su desmayado compañero rompiéndose un brazo con la violencia de la caída. Todo lo habia visto en silencio el jorobado. El aturdimiento de sus compañeros puso en sus manos holgadamente el fruto de tantas vigiliass; la intencion con que obraron hizo brotar en su imaginacion un pensamiento de venganzas. Sacó el dinero de las alforjas, lo acomodó á su lado, sentóse á la orilla del macho, y desoyendo los lamentos del ciego, aguardó sin desplegar sus labios hasta tanto que por una revuelta del sendero, vió caminar hácia él un pelo-

ton de gente. En un instante calculó el plan de batalla: ya se conceptuó gozando tranquilamente de los 13,000 rs., si bien, y á pesar de su astucia, no contó con la huésped.

—Amigos! gritó á las gentes cuando estas se acercaron; estos dos que aqui veis me han muerto el macho por robarme, yo los he puesto mal parados en defensa propia, y espero que los llevaremos á la justicia como merecen por su delito.

—¿Y, dígame V., señor mio, ¿con qué armas se ha defendido V? Saltó el regidor, que entre las gentes estaba.—Paisanos, gritó, atadme á ese perillan codo con codo, llevad á esos dos al pueblo, y ya veremos á mi vuelta lo que cumple mejor para su castigo y ejemplo de los que como ellos quieren apropiarse.

Despues de montar en otra caballería, de que un arriero conocido le hizo gracia, tomó otra vez el camino de la capital, llevando en su memoria todo cuanto le habia acontecido, y en sus manos la escopeta del cojo con la cual este habia muerto á su infeliz y encanecido macho.

En vano el jorobado quiso salir del atolladero; el cojo y el ciego, mirando su perfidia y su mala amistad, contaron *ce por be*, como cuenta el avaro sus ochavos, contaron, digo, la historia desde su comienzo, y todos tres fueron de cabeza á un presidio.

Ellos, mas que nadie, hicieron ver que *la amistad y alianzas de los malos, se deshacen al sople de su misma maldad*.

II. DEL BUSTO.

PENSAMIENTOS.

—Todas las ciencias no son otra cosa que matemáticas respecticas: la lógica es la matemática de la idea: la física, la matemática de los cuerpos: la filosofía, la matemática de la razon.

—La palabra es el vestido del pensamiento.

—Para tener mucha razon es necesario perder alguna.

JUAN BAUTISTA ALONSO.

REDACCION, calle Torrecilla del leal, 14 principal.
Precios: 8 rs. al mes en Madrid, 24 por trimestre en Provincias.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE Díaz y Compañía,
Plazuela del Duque de Alva, núm. 4.